

MI PADRE  
FERNANDEZ MORENO

---

*César Fernández Moreno*

*E*L HECHO es que empecé a verlo, poco a poco, desde abajo, desde lejos. Era el que cruzaba en diagonal la plaza de Chascomús, donde yo, vigilado por niñera, comenzaba a tomar en serio la pasión sugerida por la letra del arroz con leche. Era el que dormía la siesta mientras yo me hamacaba en el patio del fondo. Mientras yo lo veía así, él me veía de esta otra manera:

*Medio dormido te oigo jugar ruidosamente,  
sé que hay en el jardín un sol resplandeciente.  
Ahora pienso muy triste, ya del todo despierto:  
lo mismo jugarías si yo estuviera muerto.*

Ya en Buenos Aires, y siendo yo un hombre de seis o siete años, empiezo a verlo más claro. Era, indudablemente, más fuerte que yo. Lo veo negándome un divino block de papel obra, perforado en cuatro sectores, envío sin duda de algún laboratorio en cuyos ficheros no constaba que el médico había sido volatizado por la poesía. Todo fué inútil. No me lo quiso dar. Qué malvado. Lo usaría para escribir sus décimas, como ésta, donde se adelanta puntual a introspecciones como la de ahora:

*Cuando se acuerden de mí,  
tras muchos años corridos,  
estos mis hijos queridos  
puede que piensen así:  
Yo siempre lo conocí  
entregado a la lectura.  
Yo mirando a la ventura.*

## MI PADRE

*Habla. Sonríe. Suspira...  
Un cuarto de hora de ira  
y cien días de dulzura.*

Era más fuerte que yo, era más fuerte que todos, dulce o iracundo. Yo estaba de parte de mamá. Otras veces estaba de parte de él, sobre todo cuando las cosas pasaban exclusivamente entre él y yo. "Tengo un hijo radiante que se llama César", escribía por entonces. Por entonces fué la primera vez que le mentí. Se trataba de haber comprado o no caramelos con unas monedas que me había dado. Cuando descubrió que le había mentido, esperé el más duro castigo. No lo hubo. No ostensible. Durante todo el día no me habló, no me miró. No por cólera: por tristeza, por desencanto. Yo me fui al patio; mientras pintarrajeaba mi autito con azul de lavar, decidí no mentir nunca más. Desde entonces, nunca miento sin dolor.

Pero él olvidó esa ofensa, como tantas, y me sacaba a caminar por las calles de la ciudad. Caminatas interminables, donde yo me agotaba y deseaba fervientemente detenerme en alguna parte; por ejemplo, en el Richmond de Florida, donde regalaban juguetes y se veían seres tan fascinantes como esa Alfonsina Storni, tan distinta a todas, tan libre. Caminábamos y caminábamos hasta que yo perdía la conciencia. Más de una vez la recuperé para encontrarme solo, perdido en la multitud. Angustia, pánico. Pronto, él salía de un zaguán cualquiera donde se había ocultado de intento. Era una broma. Mucho después he comprendido de qué manera irresistible los débiles exigen a los fuertes que abusen de su debilidad. Pero él reaparecía, la caminata terminaba, volvíamos a casa y ya llevaban la sopa a la mesa.

Yo crecía, crecía. Ya tenía diez años, y él comenzaba a sentirme duro:

*De veras que no sé qué hacer contigo,  
oh César, hasta ayer blanda pelusa.  
Llena de rebelión está tu blusa  
y aunque no quieras ya eres mi enemigo.*

*Alzo la voz, levanto el dedo y digo  
esto y lo otro, en fin, lo que se usa...  
¡Si hasta te inspira ya contraria musa  
y, a tu padre, prefieres a tu amigo!*

*En medio del hogar roja amapola,  
sangre argentina y gala y española,  
no seré yo quien tire de tu brida*

*Sencillamente me pondré a tu lado,  
te enseñaré a ser limpio y ordenado,  
y lo demás te lo dará la vida.*

La vida me iba dando sabrosos veranos en Chascomús. El viajaba a Buenos Aires, a tomar exámenes. Era dulce que se fuera, a la tardecita, en la vieja victoria de Signorini; había una promesa de irresponsabilidad en la férula inconsistente de la madre; ella me exigía menos en todo sentido, estaba asegurada la libertad a la hora de la siesta. Pero pasaban los días, y era dulce que él volviera. Volvía después de la cena. ¿Ustedes no conocen el andén de la estación de Chascomús? Es una lengüeta enarenada y con cordones de cemento, que, bordeada de semáforos, de hilos de hierro y un poquito más atrás la pampa bruta, se interna audazmente en la noche. Ibamos todos a buscarlo; yo en mi bicicleta, observando cómo la cubierta de adelante, nueva, rodaba dejando huellas más detalladas que la de atrás. El tren llegaba y era una lotería adivinar de qué vagón descendería él. Se esperaba vagamente que trajera algo. Por lo general no traía nada. Pero su venida daba fuerza a las cosas.

Un día tuve la misma estatura que él. Algunos pasajeros de los primeros colectivos de Buenos Aires se habrán preguntado quiénes eran ese señor y ese muchacho que discutían a qué cine ir, hablándose en verso desde dos asientos alejados. Otro día, ya estaba más alto que él. “Pero yo estoy más gordo”, respondía con exageración a los amigos que se lo hacían notar. Dejó de ser mi padre para ser mi hermano. Él lo decía: “tengo los años de mi hijo mayor, y apenas”. Salíamos en el auto que le hicimos comprar —y que nunca manejó, como no manejó ninguna máquina—, y hacíamos largas excursiones por los caminos de la provincia. Yo iba absorto en el poder ofrecido a mi pie derecho bajo la forma dócil de acelerador, en la estructura del camino entregándose a través de un círculo de ebonita. Él iba a mi lado, silencioso por fuera. Por dentro:

*Una brocha invisible delante de nosotros  
en mitad de la ruta va pintando una cinta.  
En el pasto reseco pacen vacas y potros.*

## MI PADRE

*El auto es bajo el sol una mancha de tinta.  
Cielo y tierra no son nada más que reflejos,  
astillas y partículas ardiendo en el vacío.  
Hay hombres, casas, montes, pero todo está lejos:  
lo más cercano es uno en este campo mío.*

Comenzó a envejecer, la desdicha y el insomnio ayudando a los años. Dejó de ser mi hermano y se volvió mi hijo. Yo visitaba a mi hijo en el sanatorio donde lo había puesto, y al atardecer me alejaba presuroso a cumplir mis fútiles ocupaciones de enamorado. Mis pasos hacían crujir la grava del sendero en cuyo fondo se achicaba su figura vacilante.

Lo ví volver a casa, pero ya había dimitido, se había acogido a la penumbra:

*Yo canté una ciudad  
un poco más oscura.  
Ardía casi el gas,  
flor movediza y turbia,  
y era la luz eléctrica  
monótona y minúscula.  
Hoy se abre la ventana  
a la calle profunda  
y toda es una llaga  
policroma y madura.  
Ahora los colores  
han entrado en cintura,  
y el cielo y el infierno  
en las calles fulguran.  
La carne es cera o iris*

*según lo que la alumbra.  
Ahora aclara los barrios  
la nueva arquitectura,  
y es cada edificio  
panal de plata pura,  
reverberante al sol  
o mojado de luna.  
Y véase una estrella  
cuando desde la altura  
al barandal de cromo  
certeramente apunta:  
nada como en un río,  
se estira y se acurruca.  
Todo eso lo abandono,  
hijo, para tu pluma.*

Él a su vez, me vió irme de casa con otra familia —la mía— y a otra ciudad —La Plata—. Ahora lo veía de vez en cuando, ayudado por tres vínculos: la tarea literaria, mis hijas, el póker. Vertido ahora a la mesa doméstica, encontraba otra vez su viejo póker de médico pueblerino. ¿Se acuerdan de “La última ficha”?:

*Tengo los ojos clavados en esta ficha de nácar.  
Veo montañas de oro, veo montañas de plata,*

*grandes océanos azules, grandes playas sonrosadas,  
follajes, nubes quiméricas, palacios de ensueño, alas...  
Bajo mi cabeza pasan constantemente las cartas.*

Frente al tapete lo vi recuperar a ratos su buen humor, su hispánica facundia, su carcajada aniquiladora y eterna.

Un día tomé el colectivo 232, en Callao y Córdoba. Media hora de viaje hasta Flores. Iba a ser al revés, él iba a viajar media hora hasta el centro, para ir a un teatro, con los amigos de sus menores hijos. No alcanzó a salir, fui yo quien debió viajar hasta Flores. Debo decir las cosas: lo ví por última vez. Ejercía frente a mí el definitivo acto de paternidad. Moría, lo ví morir. ¿O me quedé dormido? ¿No ven? Ya ni me acuerdo.

De esta manera quedé huérfano. Se me daba a la inversa su situación antes que yo naciera. Ahora ya no era mi padre, ni mi hermano, ni siquiera mi hijo. Era una variante de mí, aparentemente en un pasado irrevocable, pero tal vez en un futuro que de alguna manera yo podría realizar, así como él me había realizado a mí. Así como antes de nacer yo estaba en él y era él, ahora él estaba en mí y era por fin yo mismo.